

A photograph of a woman's legs from the knees down, wearing light-colored, high-heeled boots with a ruffled upper section. Her hands are pulling the fabric of the boots up towards her knees. She is wearing a silver watch and a bracelet on her left wrist. The background is a plain, light color.

QUÍTATE
DE EN MEDIO

Noah Evans

Blanca está haciendo historia con su libro Azael, prepara una gran gira mundial y pronto comenzará el rodaje de la película basada en su novela. La casualidad ha querido que en su camino se cruce su ídolo desde la adolescencia, un cantante llamado Leo.

A pesar de venir de mundos diferentes, tienen mucho más en común de lo que creen y aunque Blanca sabe que no está en su mejor momento personal para meterse en líos, acepta una invitación para asistir a uno de sus conciertos.

1

Había tenido que hacer un alto en su agenda. No sabía si había sido por el cansancio, por los drásticos cambios de temperatura que padecía durante la gira: que solían pasar de un frío al que no estaba acostumbrada en países nórdicos, al calor considerable firmando en una caseta de una feria del sur.

Estaba en casa, derrotada y con fiebre. No podía escribir, su cuerpo solo le pedía dormir y era exactamente lo que hacía, de la cama al sofá.

Le había prohibido a sus amigos ir a visitarla, pues no sabía si había cogido algún tipo de virus. Tanto contacto con miles de personas, no era algo de extrañar.

Suspiró. Azael el gato, ocupaba gran parte del sofá y se negaba a bajarse, así que tuvo que poner los pies bajo él. Aún no le había hecho efecto el paracetamol. Daba tiritones a pesar de tener una manta de pelo encima.

Sus amigos de cuando en cuando le enviaban mensajes de ánimo. Blanca se recostó en un almohadón del sofá, la cabeza le iba a reventar. Pronto comenzaría a sudar la fiebre y se encontraría mejor.

Juan, el director de cine había querido contactar con ella a través de Skype, siempre lo hacían por esa vía, era la forma más cercana de ir comentando los pasos a dar con los preparativos de la película. Ya casi había acabado el guion y ahora estaba con los escenarios y la burocracia para las grabaciones exteriores. También estaba buscando compositor para la música, Blanca le había sugerido música

instrumental, música épica para toda la película y una base similar pero con voz para el tema principal. A él también le pareció la mejor opción y se estaba encargando de encontrar a un compositor acorde, Blanca en eso no tenía ni idea.

Por otro lado, tras el verano comenzarían los *casting* para el reparto. Ahí Blanca tampoco tenía mucho que decir, le gustaba el cine pero Juan era el más indicado para elegir a los mejores según su criterio profesional. Tenían buen presupuesto, pero al ser una película cara en cuanto a vestuario y escenario, no podían ir por actores caros, al menos no todos. Pero el problema era que Azael tenía muchos personajes secundarios con gran importancia en la trama y eso sería un traba a la hora de elegir el reparto. Juan le seguiría informando, aquellas cosas iban despacio. Ella de momento solo tenía que preocuparse en su gira y la promoción de la segunda parte de Azael.

Estaba sumida en una nueva novela. No quería continuar con Azael, aunque le sobró una parte de la segunda que la podía utilizar para encabezar la tercera, eran tanto el peso que tenía sobre sus hombros en cuanto a la novela final, que necesitaba un descanso. Tenía tiempo suficiente para entremeter una independiente en medio y era lo que se proponía hacer. Su idea era terminarla antes de al menos comenzar la película. No sabía cómo iba a ser su día a día durante la grabación pero supuso que su cabeza estaría demasiado ocupada como para escribir. Una vez acabado aquel lío hollywoodiense, se centraría en Azael de nuevo.

Suspiró. En vez de mejorar con el paracetamol, parecía estar empeorando. No dejaba de temblar.

Esto será el maleficio de algunos cabrones.

Hacía más de una semana de la recogida del premio y del bochorno con Leo. Un par de días después de aquello ella le escribió un mensaje para decirle lo del concierto de Valencia. Sabía que después de sus últimos minutos juntos, él no se atrevería ni siquiera a escribirle. Así que fue ella la

que reinició el contacto. Él no le respondió hasta pasada unas horas.

Ahora se quiere hacer el interesante. Después de haber metido una pata monumental, claro.

Con el paso de los días el bochorno de Blanca se había ido disipando y ahora hasta le parecía cómico lo sucedido. Al fin y al cabo ella se había visto muchas veces en situaciones similares, pero la diferencia era quién era él. Y eso le producía hasta risa.

No habrá muchas mujeres por ahí que puedan decir que rechazó un beso de Leo.

Leo era una estrella, no esperaba que ahora la persiguiera ni mucho menos. Sin embargo le hacía gracia que ahora se hiciera el desinteresado en ella.

Todos los tíos, cada uno a su estilo, son igual de capullos. Sonrió cogiendo postura en el sofá.

Y los de este nuevo mundo son exactamente igual a los que ya conocía. Solo que tenéis más fama y más dinero. Pero es exactamente igual.

Después de que Leo colgara la foto con ella, una lista de famosos se habían sumado a su gruesa enumeración de seguidores. Era realmente asombroso mirar la lista y encontrar personas con el distintivo azul junto al nombre. No solo cantantes, sino actores, presentadores y famosetes de turno.

Y lo peor es que la mayoría ni habrán leído Azael.

Sentía ya el sudor en la nuca. La medicación le estaba bajando la fiebre. Tenía puesta música, una música relajante que le encantaba. Miró su portátil sobre la mesa del salón. Tres canciones para que acabara la lista.

Después de regresar de Madrid se juró borrar las listas que tenía de Leo Laguna, pero guardó su arrebató para los días venideros. Y a pesar de que no se lo había dicho a sus amigos, ahora lo escuchaba a diario, aún más que antes.

Ahora sentía la música y la voz de él más cercana y hasta prefería los directos.

Si no va a hacer falta que vaya a Valencia. Si esto ya ha empezado. Ahora a ver cómo coño lo paro.

Sus amigos bromeaban con ella, en el chat solían colgarle fotos de él, las que él iba publicando en las redes. Fotos que ella ya había visto pero ahora el Cari y compañía, las acompañan con un:

Esto es lo que te espera.

En un pie de foto de Leo sin camisa.

Y yo voy a cagarme en todos vosotros. No tenéis ni idea de la lucha que tengo conmigo misma ahora.

Aún así había decidido sí aceptar la invitación de Leo e ir al concierto de Valencia. Un concierto en el que quizás llegase tarde, porque tenía mañana de prensa y tarde de firmas, y sus lectores eran tantos que solía demorarse en finalizar, a pesar que seguridad controlaba la afluencia en las colas. Se lo había dicho a Leo y él no le vio problema. Ella no entraría por ninguna de las puertas del público, sino que lo haría por donde entraba el personal y los propios músicos, directa al *backstage*. Podría ver un concierto desde dentro y eso la ilusionaba de sobremanera. Aunque llegara tarde, le daba igual, el trozo de concierto que viese lo disfrutaría.

A ver si no pasa nada. Estoy gafada con tus conciertos.

Le había respondido ella y él le puso emojis.

2

Sandra reía en el jardín de Leo.

—¿En serio? —le decía a su amigo—. Pero qué bruto eres. Leo estaba sentado en el césped. Flexionó las piernas, se tapó la cara con las dos manos y apoyó la frente en las rodillas. Sin embargo sonreía.

—Qué vergüenza pasarías —añadió Sandra sin dejar de reír—. Pero, ¿cómo se te ocurre?

Sandra frunció el ceño.

—Es una intelectual, no puedes atacarla como si fuera una... —se encogió de hombros—. ¿Has leído Azael?

Leo levantó los ojos hacia ella.

—Estoy en ello —señaló hacia una de las hamacas de la piscina. Sobre ella estaba Azael con un marcapáginas puesto casi a la mitad.

—Yo no te digo que actúes según el libro pero los autores dejan una huella de su personalidad en sus novelas... puedes al menos coger una idea de cómo abordarla para la próxima.

Leo negó con la cabeza.

—No pienso volver a abordarla, te lo aseguro —dijo Leo y Sandra volvió a reír.

—¿Desde cuándo no te pasa eso? —le preguntó ella con curiosidad.

Leo levantó una mano.

—Desde el instituto —respondió—. Pero esta vez ha sido la más bochornosa.

Volvió a taparse la cara con las manos y Sandra negaba con la cabeza.

—Si yo no sé ni por qué lo hice... —decía él.

—¿Te lo digo yo? —preguntó su amiga con ironía y él sonrió, luego negó con la cabeza.

—Pero para qué, imagina que... ¿has escuchado el ritmo de su gira? Tú conoces cómo vivo yo. Sería un...

—Desastre, sí, seguramente —le confirmó Sandra—. Pero... aún así... —le hizo un ademán con la mano para que él continuara.

Leo apoyó la mejilla en las rodillas.

—Es tan... —dijo él mirando a Sandra.

—¿Guapa?

Leo rio.

—Eso también —intervino él—. Pero no es solo eso.

—Vaya, que el premio que te dieron venía con sorpresa... —Sandra lo miraba sorprendida.

—Cuando me la presentó su agente, me sorprendió —hizo una mueca y Sandra asintió con la cabeza—. Una escritora, con esa edad, con ese éxito...

—Con ese aspecto —lo cortó Sandra y Leo rio.

—Pero luego comencé a hablar con ella y... —negaba con la cabeza—. Fue tan fácil. Su risa, su mirada, su ironía... y la forma de sentir su trabajo.

Levantó la cabeza de nuevo hacia Sandra.

—Lo siente exactamente como yo —añadió.

—Eso es maravilloso —intervino ella y Leo negó con la cabeza.

—No, eso es terrible —replicó él—. Si ya me ha sido difícil otras veces y solo he sido yo el «diferente». Imagínate ahora... artista contra artista.

—¿Artista contra artista? —Sandra frunció el ceño—. ¿Por qué no artista junto a artista?

Leo entornó los ojos hacia Sandra.

—Porque cuando pase el verano empiezo una gira tremenda por Sudamérica y ella publica nuevo libro, lo pro-

mocionará y luego se irá a rodar una película. Eso de «juntos», no lo veo.

Sandra cogió el refresco de la mesa y le dio un sorbo.

—Entonces la dejas pasar de largo —lo miró de reojo. Leo volvió a poner la frente en sus rodillas.

—En tres semanas la vuelvo a ver en Valencia —le respondió—. Y supongo que no la volveré a ver más.

Sandra ladeó la cabeza.

—¿En Valencia? ¿Está interesada?

Leo asintió.

—¿Has vuelto a hablar con ella? —preguntó.

—Ella me escribió y... no tuve más remedio que responderle.

—Sí, me imagino..., porque si no le respondías ella podría matarte, en una novela.

Leo volvió a reír.

—La invité a un concierto y ella me dijo que coincidíamos en Valencia —se defendió él.

Sandra tomó aire.

—Entonces la vuelves a ver —le dijo ella con ironía. Leo la miró abochornado—. Compórtate esta vez, eh.

—No voy a volver a hacerlo —respondió él—. Ni loco.

—Una escritora, ¿quién iba a decirlo? —rio Sandra.

Leo negaba con la cabeza.

—Pienso tener el mínimo contacto con ella a partir de ahora.

3

No era capaz ni de llegar hasta el ratón del portátil para cambiar la lista de reproducción. Su móvil emitió un sonido.

Este es el contacto para el día del concierto. Llámalo cuando estés llegando y él te indicará.

Blanca pestañeó, apenas podía mover los párpados. Por la noche la fiebre le subía muchísimo.

Primero te acerca a mí. Luego haces lo que tendrías que haber hecho desde el principio, delegar en otros y no darme tu teléfono personal. Ahora no quieres volver a escribirme, ¿verdad?

Hizo una mueca.

Pero tu teléfono ya lo tengo.

Sonrió con malicia.

Estoy realmente gafada con tus conciertos.

Le dio al botón enviar.

Soy escritora, tienes las de perder. Vas a responderme. Quieres saber, ¿a que sí?

¿Qué ha pasado? ¿Cambio de agenda?

Por esa razón todo el que empieza mis novelas las acaba.

No. Gripe nivel dios. De momento se han suspendido todos los eventos de estos días. No sé después

si me adaptarán la agenda.

Recibió un emoji.

Lo siento. Sé lo que es eso. Yo he tenido que suspender conciertos alguna vez y puff....

Blanca sonrió.

Lo tuyo supongo que es peor. Toda la gente que llevas contigo y encima las entradas vendidas. Yo al menos no tengo que devolver los libros que me hayan comprado.

Levantó los ojos y le guiñó al gato Azael.

—No intentes escabullirte de un escritor mediante letras—dijo sin dejar de mirar al gato—. Tienes las de perder.

Realmente no sabía por qué lo hacía. Ella tampoco quería un acercamiento a él, pero cuando vio que él quería escabullirse sintió el arrebató de no dejar perder el contacto.

Si soy sincera me encanta este acercamiento.

Sintió algo en el pecho, a pesar del malestar, le fue placentero.

Recibió emojis de risas como respuesta.

¿Tan mal estás?

Le preguntó.

Muriéndome, sí. No lo digo en las redes porque temo que algún escritor ávido se preste a tomar las riendas de la tercera de Azael.

Más emojis de risas por parte de Leo.

¿Cuántos días llevas así?

Dos y algo, creo. El primero dormí todo el tiempo.

¿Has ido al médico?

Últimamente le tengo alergia a los médicos.

—Tengo razones, créeme —le volvió a decir al gato.
Más emojis.

Míralo por el lado positivo. Unos días en casa descansando.

Blanca hizo una mueca.

Llevo dos días aquí y ya le estoy hablando al gato.
Prefiero estar como siempre, la verdad.

Recibió más emojis.

¿Tienes Skype?

Sí. ¿Tienes mucho interés en verme con estas pintas?

Blanca miró a Azael.

—Skype —dijo al gato y rio—. Ha comenzado queriendo escabullirse y va a acabar en Skype —bajó la cabeza—. Pero que es verdad eso de que le estoy hablando al gato.

Se puso una mano en la frente y tuvo que reírse de la situación. Se incorporó y otro de los gatos se subió ocupando el hueco libre.

—A ver si compramos un sofá más grande. Crecéis rápido.

Levantó la mesa hasta colocarla a buena altura y abrió la aplicación en el portátil. Probó la cámara.

—Pero si parezco una loca —se peinó un poco con las manos. Los dos gatos se agolpaban alrededor de ella.

Le puso a Leo su Skype en el chat del móvil.

Pero no te asustes.

Le advirtió.

Colocó bien los almohadones a su espalda. Levantó una mano.

—Tres, dos, uno... —el sonido de llamada del portátil comenzó.

Volvió a mirarse en la pantalla antes de responder.

Así, sin maquillaje, sin peinar y roja de la fiebre. Ala, a perder todo el glamour de golpe.

Contuvo la sonrisa. Descolgó.

Pero mira que eres guapo...

—No estás muriéndote —le reprendió él de forma irónica en cuanto la vio.

Blanca rio.

—Me gusta exagerar, deformación profesional —excusó ella con la misma ironía.

—Pero para el concierto ya estarás bien, quedan muchos días —dijo él sonriendo.

Blanca levantó la mano y la movió.

—Te he dicho que estoy gafada en tus conciertos —dijo ella—. Ya van tres...

Leo frunció el ceño.

Coño, la cagué. La puñetera fiebre.

Tenía que excusarse con rapidez.

—Uno me cogió de Erasmus en Londres, otro trabajando y otro en Alemania —se encogió de hombros—. Como ahora me parta una pierna no volveré a comprarte un disco en la vida.

Leo se echó a reír.

Debo estar horrible pero me da igual que me vea así. Y eso que a mí no me gusta que nadie me vea así. Y menos que me vea este. Quizás la que estaría deseando de verlo a él era yo, tanto que me ha dado igual aparecer en Skype como la niña posesa del exorcista.

Azael pasó por encima de sus piernas para acomodarse al otro lado.

—¡Qué pedazo de gato! —dijo él con las cejas arqueadas—. Es enorme.

Blanca sonrió. Cogió a Azael para que lo viera mejor.

—Es un gigante americano —le explicó ella—. Este siempre anda encima de mí. Los otros son más independientes.

—¿Cómo se llama? —preguntó Leo.

Blanca lo miró a través del cristal del ordenador.

—¿Cómo crees que se llama? —preguntó riendo.

—Azael —respondió Leo con evidencia.

—Todos mis gatos tiene nombres de los personajes de la novela. —Le aclaró—. Este al tener el pelo tan largo parece aún más grande —levantó la larguísima cola de Azael—. Pero sí, es enorme y come como no te imaginas.

Leo rio.

—Te veo entonces bien acompañada —añadió él—. ¿Qué hay entre los escritores y los gatos? La mayoría tenéis gatos. ¿Por qué no un perro?

—Los perros me encantan también, pero son demasiado pesados. Reclaman, reclaman todo el tiempo: Paseos, comida, caricias... demasiado dependientes de los dueños. En cambio con estos tengo silencio, independencia —se encogió de hombros.

Leo frunció el ceño intentando mirar tras blanca cuántos gatos había.

—Son cinco —respondió Blanca antes de que él preguntara—. Pelos para rellenar unos cuantos de cojines, sí. Es el único defecto que tienen.

Él rio.

Tu risa es más efectiva que el paracetamol.

—Te has perdido entonces tres conciertos —dijo él.

—Pero solo pagué uno, así que solo tienes que devolverme uno —intervino ella.

Porque mejor no te digo lo que hice con la entrada del otro. Pero mira qué ático tan bonito tengo. Lleno de gatos, sí.

—Voy a devolvértelo —levantó las manos—. Pero ya que estás...

—Muriéndome —completó ella.

—Sí —rio él y Blanca notó cómo el pulso se le aceleraba.

Y el calor que me está entrando.

No sabía en qué dispositivo estaba Leo. Pero lo vio levantarse y cogerlo. Tendría que ser un ipad o similar. Andaba con él sin dejar de grabar.

—Puedo darte un adelanto, dadas las circunstancias —le dijo él.

Blanca abrió la boca y sintió algo en el estómago que no supo identificar, pero hambre juraba que no era.

Leo entró en un salón. Blanca lo reconocía, un salón en el que tenía un sofá enorme en forma de letra U y un piano. No entendía de pianos, pero recordaba que le llamó la atención.

Leo colaba el dispositivo sobre el piano, donde en teoría irían las partituras. Lo vio mirar hacia la cámara y sonrió.

Blanca estaba sin palabras.

Madre mía. Esto sí que no lo esperaba.

Bajó la cabeza abochornada pero no podía dejar de mirarlo.

Te tenía en mi campo pero ahora me llevas al tuyo, y aquí me ganas tú por goleada.

Comenzó a sonar el piano. Conocía la música, solo que ahora sonaba diferente que en el disco, ahora sonaba con un único instrumento.

Podía verlo a través de la cámara, pero él ya no la miraba, ya no estaba, se había ido hacia ese otro mundo, su mundo. Lo tenía delante pero sabía que sin embargo, Leo había desaparecido.

A Blanca le brillaron los ojos y no era por la fiebre. Podía entenderlo, conocía la sensación. Y además de transmitirle su voz y su música, le transmitió toda esa pasión que siente un artista por su obra. No le estaba enseñando solo